

PÁGINA POÉTICA DE "JUAN DEL ARROYO."

¿SÍMBOLO?

Aquella cruz de piedra que está en aquel sendero cuantas veces, Amada, mis suspiros oyó. Cuentan que en aquel sitio, el puñal traicionero de un cobarde asesino a un viandante mató.

Yo no sé que leyenda de sangre y de terrores evoca en mi sensorio el panorama aquel. Allí vibró la kásida de mis hondos amores y allí la alevosía vertió veneno y hiel.

¡Dios mío, que sospecha... Si fuera el alma mía el viandante y tú fueras... Mi númen desvaría. Arden fúnebres cirios en mi triste mansión.

¡Si fuera yo el viandante que espiró en el sendero! ¡Si fueran tus caricias el puñal traicionero que en una noche aciaga le partió el corazón!

NOCTURNO CANDONGO

Febretillo loco.
Ni una nube.
Invisibles difuminos
ensucian los clarores
y en lo hondo de lo alto
candelillas
que tiritan.

Casi nada:
Sirio, Antares, Canopas
y sus cohortes.

La luna
se ha subido a la comba del cerro
y le hace guiños a las ranas
asomada a la alberca

AQUELLA QUE NO HEMOS VUELTO A VER

La ví en el desfile de una romería y era en la mañana clara y luminosa la flor más suave, la más bella rosa que al pródigo beso de mayo se abría.

Al verla en mi alma vibró la poesía, pero yo iba ciego buscando otra cosa y seguí la ruta larga y engañosa que alejó su senda de la senda mía.

Era, como el ampo de la nieve, pura. Su gracia riente, su fresca hermosura a la misma Venus dar pudiera enojos.

Después... La he buscado con locos empeños y ahora que los años abaten mis sueños aun tengo su imagen clavada en los ojos.

Rebuznos.
La potranca
encoge el anca
y tiende la zanca.

Maullidos.
Del casuco
Sinforosa
va a su cosa.

A la vera del alcornoque,
Perico.

Guau! guau!
Cochino perro!
Tuto! tuto!

VIDA Y HECHOS

EFEMÉRIDE CACEREÑA

8 DE OCTUBRE DE 1881

Se han cumplido cincuenta y cinco años en el de 1946, desde aquel día 8 de Octubre de 1881, de inolvidable recuerdo en los anales cacereños.

Cáceres era entonces un pequeño y esotérico rincón provinciano, íntimo y cordial, donde lo popular y lo nobiliario se armonizaban, con señoriales perfiles y candorosos matices folklóricos, mientras un romanticismo a media luz—pausado y suave, como la vida de la villa—prendía su débil llama en los espíritus, haciéndoles olvidar los pronunciamientos, motines y guerras civiles que llenan la historia española del siglo XIX.

Aquel 8 de Octubre, Cáceres se estremecía emocionado, con esa sensación que siempre produce cruzar las grandes líneas divisorias. Hasta entonces, la vieja villa llena de torres truncadas y palacios de un especial y austero renacentismo, vivió envuelta en la bruma lejana del medievo ascético, bruma que hoy rasgaba con infantil y candorosa complacencia, para incorporarse al concierto universal del progreso, por medio del entonces más asombroso de los adelantos, el ferrocarril.

El momento fué realmente decisivo. Desde que en 1229 reconquistó de manera definitiva Alfonso IX, el solar cacereño, hasta el siglo XIX, el crecimiento de la población fué un lento proceso, perceptible tan solo abarcando conjuntamente las centurias. Muy despacio, rebasó el vecindario el antiguo recinto murado, para establecerse a su alrededor los gremios de caleros, pintores, carniceros, zapateros, etc., que dieron nombres a las nuevas calles. Lentamente también, y ya en un pasado más próximo, nacieron, con escasas pretensiones, los barrios edificados por el presbítero don Francisco Luna, por el mercader Juan Busquet, por el caritativo don Vicente Marrón, por el aristócrata don José García Carrasco, por la tabernera Teresa Berrocal y por la negociante familia Calaff. Con todas estas ampliaciones, el vecindario cacereño no pasó nunca de las seis o siete mil almas. Desde la inauguración del ferrocarril, el impulso de crecimiento inicia un avance acelerado, alcanzando ya en 1900 los 16.933 habitantes, que han subido en la actualidad a unos 50.000, con una expansión del perímetro urbano, casi cuatro veces superior al de antaño.

Sin embargo, hay una tristeza histórico-sentimental en aquel 8 de Octubre de 1881: Entonces murió la villa de Cáceres, de abolengo ancestral, pasado heroico y tipismo único, para dar paso a la ciudad de Cáceres, nacida oficialmente el 9 de Febrero de 1882, día en que le otorgó este título el Rey don Alfonso XII.

La llegada a la capital de la Alta Extremadura del primer tren, es anterior a la fecha a que nos venimos refiriendo; pero la inauguración oficial tuvo lu-

gar el día indicado, con todo su simbolismo y con toda su fuerza operante sobre la conciencia colectiva. Tan fué esto así, que los cacereños no dieron hasta entonces su valor a este gran adelanto.

Cuando a las cuatro de la tarde del 28 de Junio de 1880, entró en nuestra estación el primer tren, recibido con música y cohetes, la multitud curiosa congregada en los andenes, no hizo la más leve demostración de regocijo, recibéndole con esa fría indiferencia que despierta lo que, aun habiendo acuciado nuestra curiosidad, ni lo comprendemos ni nos interesa. Fué preciso que más de un año después vinieran dos Reyes a inaugurar solemnemente el servicio ferroviario, para que los cacereños comprendieran toda la trascendencia del invento que los ponía en comunicación con el mundo.

Por eso en los anales cacereños es realidad y símbolo el 8 de Octubre de 1881, y por eso el recordar este día tiene encanto evocador para los que lo vivieron, y curioso interés para los que aun no habíamos nacido entonces.

Desde muchos días antes, el Cáceres pequeño y pseudo-romántico, se agitaba en trajes y preparativos para el magno acontecimiento. Las fachadas de las casas se blanquearon, fué arreglada la pavimentación y se decoró el nuevo Ayuntamiento, terminado de construir en 1868.

Los Reyes de España y Portugal, Alfonso XII y Luis I, iban a ser huéspedes de honor de Cáceres, a donde vendrían para inaugurar oficialmente la gran arteria de tráfico que enlazaba los dos países ibéricos.

Cuando amaneció el 8 de Octubre, la vieja villa antañona se había remozado, luciendo colgaduras, guirnaldas, gallardetes y banderas que ondeaban al viento frío de un turbio día autumnal. Una multitud de forasteros llenaba sus calles y plazas, desbordándose en las inmediaciones de la estación férrea. Señores y campesinos—en Extremadura va siempre junto lo hidalgo y lo popular—se habían congregado en la capital provinciana.

Ciento setenta pueblos de la provincia, mandaron comisiones. Los obispos de Coria y Plasencia esperaban también aquí a los regios viajeros. Las bandas de música de los regimientos de Granada y Mallorca, amenizarían los festejos.

Frente al Parador del Carmen se alzaba un arco construido por el ayuntamiento de Ingenieros don Ricardo Morquecho, en el cual se leía: «La Diputación de Cáceres a S. M. el Rey D. Alfonso XII». Otro arco, elevado en la entrada de la calle de San Antón por el Ayuntamiento, según diseño del Arquitecto municipal don Emilio Rodríguez, lucía esta dedicatoria: «A S. S. MM. los Reyes de España y Portugal».

Los Monarcas se habían reunido en Valencia de Alcántara a primeras horas del día, emprendiendo desde allí la marcha hacia Cáceres, a las 11 de la mañana.

En la estación cacereña se congregaba el elemento oficial y destacados personajes de la nobleza, presididos éstos por el Marqués de Castroserna. Se habían alzado tribunas, desde una de las cuales los Reyes iban a presenciar la bendición de locomotoras por el Prelado placentino.

Ya mediado el día, las piezas artilleras emplazadas en el Cerro de Caberrubia anunciaron la entrada del tren real, que poco después se detuvo ante el andén, mientras gritos de entusiasmo atronaban el espacio y la banda del Regimiento de Granada tocaba el himno portugués.

¡Este era, el símbolo y efectividad para el pueblo, el primer tren que llegaba a Cáceres! Y en este tren venían los dos Reyes de la Península Ibérica, que acababan de inaugurar el ferrocarril Madrid-Lisboa.

Alfonso XII y Luis I presenciaron la bendición de locomotoras, encaminándose luego a la villa. Todo el trayecto estaba adornado con gallardetes, que lucían los colores de España y Portugal. Un gentío inmenso vitoreó a los Soberanos a lo largo del recorrido, hasta la Iglesia de Santa María, donde aguardaba el Obispo de Coria. Los ecos solemnes del «Te Deum laudamus», resonaron en las naves graníticas del viejo templo señorial, donde una teoría de blasones traza inefable poema de grandeza genealógica.

Sus Majestades se dirigieron luego al Ayuntamiento, a fin de esperar la hora de la corrida de toros que iba a celebrarse.

El día no quiso prestar su concurso a los brillantes festejos. Desde el amanecer, el frío era intenso y los fuertes aguaceros se sucedían casi sin interrupción. A las tres y media de la tarde, hora de empezar la corrida, la lluvia seguía incesante. Sin embargo, al Ayuntamiento llegaban noticias de que el coso taurino se había llenado de público. Alfonso XII, queriendo cortar las vacilaciones, se dirigió al Alcalde, que lo era entonces don Lesmes Valhondo, diciéndole:

—«Alcalde, ¿qué esperamos para marchar a la plaza?»

—«Estamos esperando que usted dé la orden», le respondió Valhondo.

El Rey quedó un instante perplejo. Efectivamente: ninguno de los dos había actuado con arreglo al Protocolo. Don Alfonso no debió dirigirse al Alcalde sino para darle la orden de marcha, y éste estaba obligado a habérsela pedido y, sobre todo, a darle el tratamiento correspondiente. Su Majestad, con su humorismo españolísimo, dijo entonces sonriente a su interlocutor:

—«Se vé que los dos somos nuevos en el oficio: Yo en el de Rey y tú en el de Alcalde».

La corrida comenzó bajo un verdadero diluvio. Los matadores Frascuelo y Angel Pasto: tuvieron que descalzarse, para no resbalar en el enlodado ruedo, despachando como pudieron tres de los toros, que eran de las ganaderías de Trespalacios y de don Félix Gómez. Al ir a matar el cuarto, el Monarca español suspendió la fiesta, viendo la imposibilidad de continuarla con aquel incesante diluvio.

La comitiva regia regresó al Ayuntamiento, por las calles de Moros y Sancti-Spíritu.

Finalizó el día con un banquete en la Diputación, servido por la Casa Lhardy, después del cual los Reyes se dirigieron a la estación del ferrocarril, de donde a las once de la noche partió don Luis I para su Reino. Don Alfonso, después de despedirlo, regresó a Cáceres.

Estos recorridos nocturnos, fueron sumamente entusiastas y espectaculares, pues el pueblo vitoreó sin cesar a los Soberanos, que cruzaban entre soldados con hachones encendidos, bajo una iluminación general de las calles. Esta iluminación fué una de las cosas más admiradas por cacereños y forasteros, especialmente un foco de luz eléctrica de 9.000 bujías, instalado en una ventana del Ayuntamiento por el Subdirector de Telégrafos don Florencio Echenique.

Aquella noche visitó el Rey de España los bailes de los Círculos de Artesanos, la Unión y la Concordia, donde se habían reunido, respectivamente, las clases bajas, media y alta de la villa. En el primero de los citados centros, don Alfonso admiró la artística gracia de los populares atavíos femeninos, con los que realzaban su belleza aquellas cacereñísimas mozas, que, libres aún del cosmopolitismo «standar», conservaban todo su encanto típico; así

en los bailes de sociedad, como cuando en las calmosas noches estivales cantaban en las puertas de sus casas de la calle de Caleros o del Camino Llano, al son de la «tamboritilla», el popular «Redoble», o como cuando engalanaban sus ventanas con colchas y gritaban emocionadas al paso de la Virgen de la Montaña.

En el Círculo de la Unión, el Monarca vió la sociedad, de perfiles menos sustantivos, de silueta un poco desdibujada, de los industriales y mercaderes cacereños. En el de la Concordia, pudo contemplar el conjunto deslumbrante de trajes, joyas y bellezas de la aristocracia. Allí estaba el «todo Cáceres», del que los cronistas de salones de la época consignan larga lista, resaltando la hermosura, simpatía, gracia, distinción o elegancia de alguna señora o señorita de las familias García-Becerra, Muro, López-Montenegro, Muñoz-Bueno, Fernández de Soria, Higuero, Cotrina, Bermúdez de Castro y otras muchas.

El Rey durmió en el Ayuntamiento, donde se le había dispuesto elegante residencia, y a las ocho de la mañana del día siguiente, domingo, fué a oír misa a la Parroquia de Santa María, oficiando en el Santo Sacrificio el Obispo de Plasencia.

Después de cumplir el precepto religioso, Alfonso XII recorrió el señorial y evocador barrio viejo. El descendiente de Isabel y Fernando, de Carlos V y de Felipe II, contempló los muros centenarios de las hidalgas mansiones donde, sobre las portaladas graníticas, campeaban los timbres heráldicos de los Ovandos, de los Golfines, de los Ulloas, de los Carvajales, de los Espaderos, de los Solises, de los Sandes... El alma prócer de la ciudad, parecía erguirse orgullosa en estos símbolos, ante el sucesor de los que tanto defendieron las pasadas generaciones, elevadoras de estos palacios.

Todas las casonas solariegas aparecían con colgaduras y con sus puertas abiertas de par en par, por si el regio visitante deseaba entrar en ellas. En los balcones y ventanas se agolpaban las familias de sus propietarios, aclamando al Rey. Solo hubo una muy comentada excepción: el palacio de los Golfines. Este histórico monumento, que cobijó en sus salones a los Reyes Católicos, estaba cerrado, sin adorno y sin un alma en sus ventanales. Sus poseedores—truncando la tradición cacereñista de sus antepasados, que culminó en el ilustre caballero don Cayetano Golfín, Marqués de Santa Marta y Conde de Torre-Arias, protector de nuestro pueblo en los días de la invasión napoleónica—, residían en la Corte, desentendidos de los problemas de Cáceres, divorciados de la villa en lo moral y en lo material, aunque no en lo económico, ya que gracias a las dehesas cacereñas podían vivir suntuosamente en Madrid.

Terminada la visita al barrio viejo, el Soberano marchó a pie hasta la estación. El entusiasmo popular se desbordaba a su paso, mientras tocaban echadas a vuelo las campanas de la villa, y músicas, cohetes y salvas atronaban la diafanidad de una luminosa mañana de otoño, porque el día, en contraste con el anterior, amaneció despejado, prestando animación a la despedida el brillo del sol y el azul del cielo.

La muchedumbre vibraba de emoción y entusiasmo ante aquella juvenil Majestad, ante aquel mozo tan arrogante, tan español, cuyos románticos y tristes amores con Mercedes de Orleans eran tema preferente en las canciones de las niñas, cuando jugaban al corro.

Al alejarse el tren regio, siguieron aún los gritos emocionados, hasta per-

derse de vista en la clara lejanía, disueltas en el relente de la mañana, las espirales de humo de la locomotora.

Ya entonces habían comprendido los cacereños la transcendencia del vehículo de la nueva civilización. Y, acaso sin comprenderlo, flotaba en sus espíritus la idea vaga de que los hierros heroicos de los Conquistadores se habían fundido en el crisol del progreso, para resurgir transformados en bieles y carriles.

La villa de Cáceres, con sus banderías y sus aventuras indianas, acababa de morir, en presencia de un Rey que sancionaría luego el nacimiento de la ciudad de Cáceres, pequeña y romántica aún, cara a la terrible interrogante del siglo XX...

MIGUEL MUÑOZ DE SAN PEDRO

RECUERDOS SOBRE CHAMIZO

Yo ví escribir "La Nacencia"

Aunque paisano de Luis Chamizo, no lo conocí personalmente hasta mis quince años. Estudiaba yo entonces el cuarto curso de Bachillerato y una epidemia de gripe obligó a cerrar el colegio aquel otoño de 1918. Fuí con mi familia al campo, a Valdearenales, y nos instalamos en una casa cercana a la del poeta, que la tenía en la famosa «viña del tinajero» de sus poemas.

Ya entonces había cantado Chamizo a Valdearenales en ligeras seguidillas, por los años de su adolescencia. En ese otoño del 18 debía tener ya más de veinte años.

Chamizo había tomado contacto en Madrid con la poesía del tiempo a través de los corifeos más conocidos del modernismo en España: Salvador Rueda, Villaespesa, Nervo, Carrere. Aunque ya tenía afición a lo dramático y a lo pintoresco del color local, sus composiciones en extremeño eran raras y frecuentemente no se sostenía el dialecto a lo largo del poema, sino en diálogos o monólogos puestos en boca de los pastores y campesinos.—Por entonces él consideraba los alejandrinos de «Renunciación» como sus mejores versos.

Presentados, en el gran salón del campo, por un amigo común, recuerdo que me recitó dos poemitas: uno ligero y suave «¿Flores? ¿Mujeres?... Qué mas da?—Llenan de besos y perfumes—todo el jardín primaveral»; otro, recién compuesto, describiendo un amanecer en el campo:

Un caldero de migas colgado de las llares
sobre las jaras secas en combustión sonora.
Un cielo de amaranto flotando en el oriente.
Un almaizal de oro velando los lugares
Y un disco de rubíes, que, a la luz de la aurora,
semeja la tiara de un dios omnipotente.

Algunos de estos poemas fueron publicados en «La Semana», el periódico de Don Benito, dirigido por el inolvidable Francisco Valdés.